

# **MATERNIDAD Y DOLORES EN ÁFRICA**

## **INTRODUCCIÓN**

Muchas gracias por invitarme a compartir mi experiencia de fe con vosotros. Voy a decir algo sobre el Adviento desde una perspectiva africana, sobre todo de la mujer africana.

El pasado 4 de octubre, durante la apertura del **Sínodo Africano** en Roma, Benedicto XVI dijo que **"África representa un inmenso pulmón espiritual para la humanidad"**. Los africanos, especialmente los que profesamos la fe cristiana, nos alegramos mucho de oír esas palabras. Es poco habitual que algún líder mundial se refiera a África de forma positiva, y más afirmando que África tiene una gran riqueza humana y espiritual de la que el mundo puede y debe aprender, particularmente el mundo occidental que ha dejado de lado los valores espirituales.

En esta meditación voy a intentar mostraros parte de ese aliento espiritual que brota de África. No os hablaré de la espiritualidad surgida de grandes facultades de Teología, sino de una espiritualidad muy a ras de suelo que he vivido durante varios años en mi país, Uganda, primero **en el pueblo donde nací**, y también durante mis años de **apostolado con personas que viven una gran humillación y sufrimiento: las mujeres refugiadas sudanesas y de las niñas -soldado del Norte de mi país**.

Espero que podáis aprender algo de ellas. **Yo aprendí mucho**. Pero no os lo propongo para que podáis satisfacer una mera curiosidad, sino para que lo que ellas viven como **la experiencia del Dios que "ensalza a los pobres y a los humildes" nos ayude a todos a cambiar y convertirnos**, que es lo que Dios desea de nosotros durante el tiempo de Adviento.

## **1. OBSERVANDO LA VIDA Y LA MUERTE DESDE UN CAMPO DE REFUGIADOS**

En esta meditación de Adviento quiero invitaros a que miremos la vida y la muerte, en primer lugar desde **un lugar donde la vida está amenazada: un campo de refugiados**. A finales de octubre de este año hubo en Kampala una conferencia de la Unión Africana que reveló que **en África hay actualmente 15 millones de desplazados internos y 3 millones de refugiados**. A pesar de que los conflictos han disminuido en África, el número de personas que tienen que abandonar sus hogares sigue aumentando. A los conflictos se une ahora una nueva causa: el cambio climático, y muchas personas acaban dejando sus hogares porque ya no llueve y no pueden seguir viviendo del campo.

Yo he vivido esto como una experiencia de fe. **El hijo de Dios, Jesús de Nazaret, fue también un refugiado**, y está cerca de todos los que han tenido que escapar de sus casas.

Presento la experiencia de las **mujeres refugiadas**. **En las guerras las mujeres son las que sufren más**, a pesar de que son las que contribuyen menos a que se desencadenen los conflictos armados.

Trabajé en un campo de refugiados sudaneses en el norte de Uganda durante cuatro años, de 1996 a 2000, con el Servicio Jesuita al Refugiado. Estaban bajo la protección

y administración del Alto Comisariado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Es difícil describir **cómo se siente una persona que vive en un campo de refugiados**. El rasgo principal de su vida es **la incertidumbre** y la incapacidad de hacer planes. Nadie sabe cuánto tiempo tendrá que pasar allí y al final uno tiene que labrarse allí su vida cotidiana con todas sus dificultades. En el mundo occidental la gente suele creer que los campos de refugiados son algo temporal. Cuando se muestran imágenes de un terremoto, por ejemplo en Pakistán, y se ve a los supervivientes en esas vastas ciudades de tiendas de campaña esperando a que les den comida, la mayor parte de los occidentales creen que estos refugiados volverán pronto a sus hogares y que los campos serán desmantelados quizás en seis meses. Pero **yo trabajé en uno de ellos cuatro años, y cuando me marché la gente seguía aún allí. Muchos no volverán nunca a sus casas incluso cuando termine la guerra.**

Si la vida de un refugiado es muy difícil, peor es la situación de las mujeres refugiadas. Durante aquellos años, en los campos de refugiados de Adjumani donde trabajé, una buena parte de las mujeres sudanesas con las que me relacioné vivían solas sin sus maridos, los cuales habían muerto en la guerra o formaban parte de las fuerzas rebeldes del SPLA. Ser refugiado significa vivir una situación en la que todo es incierto, uno se ve privado de sus raíces y su entorno natural y resulta casi imposible hacer planes para el futuro. Además de esto, ser mujer refugiada significa una carga extra que se sufre todos los días: sacar adelante a sus hijos sin ayuda de un marido.

Todas ellas se enfrentaban a numerosos problemas, como ver morir a algunos de sus hijos más pequeños por falta de atención médica adecuada. Todas ellas procedían de sociedades tradicionales en las que sus familias comían lo que cultivaban en el campo, pero al tener que vivir en un campo de refugiados donde como mucho podían cultivar unas pocas verduras en un pequeño espacio de tierra arrancado a un terreno pedregoso, tenían que pasar a una economía basada en el dinero, y el dinero en la mayoría de los casos sólo podían conseguirlo de una manera: cuando recibían las raciones periódicas de alimentos distribuidas por el Programa Alimentario Mundial Naciones Unidas, consistentes en alubias, harina de maíz y aceite vegetal, las mujeres refugiadas solían vender una parte de estos víveres para poder comprar otros alimentos como carne, pescado y azúcar, o bien otros artículos como jabón o parafina.

En el campo nos dedicábamos a la alfabetización de mujeres. Teníamos pocos recursos y teníamos que dar los cursos debajo de un árbol, con una pequeña pizarra y con tiza. En unos cuatro meses las mujeres adquirían un conocimiento básico de leer, escribir, conocer los números y realizar las reglas básicas de sumar y restar. Como no teníamos cuadernos, teníamos que enseñar a las mujeres a escribir sobre la tierra con un palito.

Yo me sentía muy contenta cuando veía que una mujer que aprendía a leer y escribir adquiría no solo un conocimiento, sino sobre todo **esperanza**. Recuerdo el caso de Dorine, una mujer sudanesa que vivía en uno de los campos de refugiados de Adjumani. Después de seis meses de asistir al curso, un día me escribió una carta diciéndome que quería saber más sobre como empezar un pequeño negocio para ayudar a su familia. Me impresionó mucho leer su carta, Sin duda, Dorine podía haberme hablado cara, pero el hecho de que quiso hacerlo por escrito quería indicar que sentía orgullosa de haber aprendido a escribir y quería ponerlo en práctica.

Cuando la respondí, vino con otras cuatro mujeres y me pidieron que las enseñara a cómo a gestionar un **pequeño proyecto de avicultura**. Así que pusimos manos a la obra. Cada una de ellas trajo tres gallinas, y con unos palos construyeron un corral. La alimentaban con una mezcla de maíz y pescado seco que machacaban en el mortero. Si alguna de las gallinas se ponía enferma, la curaban con una solución de agua, pimienta y cenizas. Al cabo de año y medio ya estaban vendiendo pollos, y empezaron a repartirse los beneficios. Y a los dos años, con una ayuda que les dimos en el Servicio Jesuita al Refugiado, construyeron un corral en mejores condiciones.

Pero entonces llegaron sus maridos y les dijeron que tenían que repartir los beneficios con ellos, ya que querían parte del dinero para ir a beber. Pero las mujeres se negaron y les dijeron: no, este dinero es para alimentar y educar a nuestros hijos. Algunos incluso las pegaron. Cuando sucedió aquello nos dimos cuenta de que teníamos que educar también a los hombres y organizamos talleres de sensibilización para ellos. Nos dijeron que también ellos querían un corral, pero las mujeres dijeron: muy bien, si queréis criar pollos entonces haced vuestro propio grupo, porque vosotros os gastáis el dinero en bares y no sois tan constantes como nosotras para seguir un proyecto.

Como veis, **el aprender a leer y escribir había dado una actitud nueva a las mujeres, que se sentían más seguras de ellas mismas**. Por eso digo que esa era una pequeña labor que sembraba **esperanza** en la vida de personas muy pobres y con pocas capacidades.

La esperanza la ví también en el **trabajo pastoral** que realizamos en el campo de refugiados. Muchas de estas mujeres eran católicas y acudían regularmente a los **grupos de oración** que animábamos. Allí pude constatar que cuando una mujer vive en una situación de humillación y dolor la oración es un espacio en el que se desahoga y vierte la amargura que crece en su alma ante un Dios que sabe que recoge sus lamentos. Personas que casi no han estudiado leen, o por lo menos **escuchan, la Biblia, y la Palabra de Dios las transforma y las hace libres**. Como en el caso de la oración de Ana en el primer libro de Samuel, muchas mujeres gritan a Dios para que las libre, si no de la esterilidad física que impide concebir y dar a luz a hijos, al menos de las mil formas de esterilidad que convierten la existencia en un largo laberinto de penalidades e incertidumbres en el que no se sabe cómo encontrar la salida.

## 2. DIOS ES UNA MUJER REFUGIADA

Muchas veces, cuando empezaba una nueva jornada y veía aquellas mujeres que se enfrentaban a una vida llena de penalidades, sin que nada que cambiara para mejor, yo me preguntaba: **¿Dónde está Dios en medio de todo esto? Cuando llegaba el día de Navidad y la gente acudía en masa a rezar en las iglesias del campo, de barro y tejado de paja, me fijaba mucho en cómo cantaban y rezaban con verdadero sentimiento, sin prisas**. No tenían nada para celebrar la Navidad, pero Jesús se había encarnado en ellas y en su vida difícil.

**María, la madre de Jesús**, es la figura de la Iglesia que espera que Dios cumpla sus promesas. Por eso es **la imagen del Adviento** en acción. Ella es una mujer que vive en un rincón olvidado y perdido de Israel, en medio de un pueblo que ha perdido la esperanza. **La fe de María le hace estar convencida de que Dios "ha mirado la humillación de su sierva"**. Y cuando Dios mira a las personas humilladas, Dios actúa en favor de ellas.

En este tiempo de Adviento Dios nos invita a que **nos dejemos mirar por Él para ser salvados, y también a mirar con él a todas las personas que viven una vida de humillaciones y opresión**: los refugiados, los inmigrantes, las víctimas de la crisis económica. En ellos encontramos al hijo de Dios, y a solidarizamos con todos ellos encontramos al Dios que salva.

### 3. OBSERVANDO LA VIDA Y LA MUERTE DE LAS NIÑAS SOLDADO

Después de mi periodo de trabajo con las mujeres refugiadas sudanesas en los campos de Adjumani, y de un periodo de estudios, trabajé otros dos años (2004-2006) en la escuela Santa Mónica, de Gulu, una institución que se dedicaba a la rehabilitación de las niñas que habían sido forzadas a combatir en la guerrilla del Ejército de Resistencia del Señor (LRA) en el Norte de Uganda.

Durante los últimos años se ha hablado mucho de los niños soldado y se han realizado numerosas campañas a su favor. Se habla bastante menos de las niñas soldado. Ellas sufren más que los niños en esta situación, ya que además de que las obligan a participar en conflictos armados como combatientes se las usa también como esclavas sexuales. El

LRA, al repartir a niñas muy jóvenes como concubinas entre sus comandantes, ha tenido siempre en mente no sólo el usarlas como incentivo sexual para recompensar los servicios de los oficiales, sino también obligarlas a dar a luz al mayor número posible de niños, los cuales a los pocos años de nacer en el bosque, son ya absorbidos en las filas rebeldes, primero como porteadores y trabajadores domésticos y en cuanto saben manejar un fusil, como nuevos reclutas.

Las chicas con las que trabajábamos habían pasado por experiencias profundamente traumáticas, dependiendo del tiempo que hubieran pasado con el LRA después de su secuestro. Este tiempo podía variar desde varias semanas hasta varios años. Muchas de ellas, además de las taras psicológicas con las que cargaban al haber sido obligadas a matar y torturar, volvían con importantes problemas de salud causados por las enfermedades de transmisión sexual y por heridas de bala o de metralla que años después les seguían causando enormes dolores.

La mayor parte de ellas volvían con niños pequeños que habían dado a luz en el bosque, durante su periodo de cautividad en las filas del LRA. Es difícil describir la mezcla de sentimientos que una muchacha joven siente en estas circunstancias: el instinto de acogida, amor y protección hacia una nueva y frágil vida se mezcla inevitablemente con la rabia de saber que el fruto de sus entrañas al que cuida y alimenta no es fruto de una relación de amor, sino de las vejaciones de un hombre violento que la maltrató y la humilló hasta extremos difíciles de imaginar.

Por si fuera poco, cuando estas muchachas lograban escapar de las garras del LRA (a veces eran liberadas por los rebeldes cuando éstos sospechaban que las chicas podían estar enfermas o cuando se habían convertido en una carga para ellos) se encontraban con un **retorno nada fácil**. En la mayor parte de los casos, sus comunidades de origen ya no existían y a lo sumo sólo podían esperar un pequeño hueco en uno de los ya muy congestionados campos de desplazados donde sus familiares se encontraban. Además, no era raro que éstos mostraran sentimientos de rechazo hacia ellas por haber sido "esposas de los rebeldes" y por traer "niños nacidos en el bosque". Este

rechazo se manifestaba también en la dificultad de estas muchachas por tener un futuro prometedor de casarse y empezar una familia normal.

El **trauma profundo** deja una huella que se manifiesta en la **falta de confianza** que estas chicas mostraban. La niña que ha sido víctima de estos abusos ya no ve el mundo como un lugar seguro y feliz donde su familia la ama y la protege. Cuando vives todos los días entre la vida y la muerte, desarrollas un instinto de desconfianza hacia todo y todos, y **reconstruir este sentido de la confianza puede llevar mucho tiempo**.

A estas muchachas las proporcionábamos cursos prácticos de corte y confección o catering para que pudieran empezar algún pequeño negocio y ganarse la vida. Dentro del recinto de la escuela teníamos también una guardería para que pudieran dejar allí a sus hijos pequeños mientras estudiaban. También realizábamos otras actividades como sesiones de counseling y actividades deportivas. Muchas de ellas vivían en régimen de internado, lo que les daba mayor seguridad. Cuando terminaban sus estudios en nuestra escuela no les resultaba fácil abrirse camino y ser autosuficientes.

Muchas veces me he preguntado si en **nuestras instituciones de Iglesia a menudo las tareas administrativas y de captación de fondos no terminan por dejarnos con muy poco tiempo para escuchar y cultivar el trato personal** con las personas más vulnerables. También me quedaba con una cierta frustración al ver que las chicas que habían pasado por nuestras aulas hubieran necesitado más seguimiento por parte nuestra un vez que terminaban los cursos que las ofrecíamos.

Nuestro centro era religioso, y por lo tanto teníamos regularmente actos, oración para nuestras alumnas. Me impresionaba profundamente ver a estas muchachas seguir las oraciones con la cabeza entre las manos, inclinadas hacia delante y mirando al suelo, o muchas veces simplemente con la mirada perdida, expresión de una vida interior herida que, no obstante, pugnaba por recuperar su dignidad pisoteada.

Viendo a estas chicas en nuestro centro me di cuenta de que **lo que en el fondo buscaban era la confianza en Dios, el único que no les podía fallar**. Las situaciones límite en la vida hacen que mucha gente se desespere y deje de creer. **En África no es así. En África tenemos un sentido religioso que nos hace ponernos más en manos de Dios cuando nos sentimos abandonados y maltratados por otras personas**. Por eso esas chicas me enseñaron que buscar la confianza total en Dios es lo más importante que podemos hacer en nuestra vida.

#### **4. LA NAVIDAD EN MI PUEBLO.**

El año pasado pasé mis primeras Navidades en Europa. Muchas cosas me impresionaron. Un día, en noviembre, hablé con mi madre y le dije que habíamos pasado un sábado por la tarde viendo las luces de Navidad en las calles. Mi madre se rió: "Pues vaya un país más raro donde vivís. Aquí la Navidad empieza el 24 de diciembre por la tarde". Mi madre vive en un poblado muy remoto en la parte norte del país, en una zona de montaña. A sus setenta y cinco años, dos o tres veces por semana camina cinco kilómetros por senderos estrechos para acudir al mercado donde vende algunos de los productos que ella ha cultivado y compra artículos como sal, jabón, aceite para cocinar y parafina para que la lámpara que usa por la noche pueda alumbrar su cabaña de barro y paja.

Mi pueblo se llama Erussi. A su mercado acuden cientos de personas de este país vecino, que traen sobre todo telas de gran colorido para venderlas. Todo hombre que se precie deberá comprar una a su mujer para que lo luzca el día de Navidad. Cada pieza cuesta 15.000 chelines (unos seis euros). Hace años la gente compraba también a los congo leños cerveza Skol, traída de contrabando. Pero ahora, con lo mal que están las cosas en este país son los congoleños quienes compran la preciada cerveza ugandesa Nile Special. Intentarán pasar la aduana sin que se las vean, y si les pillan no les quedará más remedio que dar una propina a los guardias para que hagan la vista gorda. Y si esa propina es una de las botellas, mejor, así lo tienen en cuenta a la hora de hacer sus modestas "compras navideñas. Porque si tienes algo de suerte, **la cena de Navidad consistirá en un pollo y una botella de cerveza. Y eso ya es mucho.**

El día de nochebuena, mi madre Josephine, su hija y sus nietos recorrer otra vez esos cinco kilómetros para acudir a la parroquia de Erussi. La misa -que nosotros llamamos "del gallo" - empezará hacia las ocho de la noche y durará unas dos o tres horas. El año pasado, el día de Nochebuena, me llevé una gran desilusión aquí en Madrid. Después de cenar con mis suegros, mi marido, nuestro niño y yo **fuiamos a la parroquia unos minutos antes de la medianoche pero nos la encontramos cerrada.**

**El día de Navidad en mi pueblo, la gente acude a la misa y allí reza sin prisas, con muchos cantos, bailes, tambores y un ambiente festivo.** Mi marido trabajaba en una parroquia muy grande en una zona de guerra y siempre me decía que allí la gente vivía **la misa de manera muy alegre porque era el único momento de felicidad que tenían durante la semana.** Me contó que una vez llegó un periodista español, y preguntó una mujer a la que le habían matado el marido y secuestrado a sus dos hijos que cómo podía creer en Dios. Y la mujer le respondió: "Creo porque sólo le tengo a Él".

En muchas iglesias de mi país ponen también el belén, y desde que China invadió hasta el último rincón de África con sus baratijas, ahora las guirnaldas de plástico, figuritas de Papá Noel y lucecitas con su soniquete de música están cada vez más presentes en las casas más modestas.

Como en mi aldea, en muchas partes de África la gente vive la Navidad forma muy sencilla y alegre, y **sin tanto consumismo** como en Europa. Aunque **no todo es positivo** y el día de Navidad puede ser un día también de **muchas borracheras.** Es una manera de ahogar la frustración que muchos tienen.

En general, a las iglesias, tanto católicas como protestantes, acude muchísima gente, incluso los que no la frecuentan nunca. No sólo porque es ocasión de lucir el vestido nuevo comprado unos días antes, el que ha podido, y de encontrarse con otras personas, sino también porque parece que **el mensaje de la Navidad tiene mucho que decir a personas para quienes la vida diaria es una tarea muy dura.**

Una persona que come una vez al día, ha pasado por alguna guerra, ha tenido a lo largo de su vida algún momento en el que lo ha perdido todo tiene muy poco... entiende muy bien que el Hijo de Dios nació en un establo, que sus padres no encontraban lugar donde alojarse y que al poco de nacer tuvieron que huir del rey Herodes que quería matar al niño, y exiliarse en Egipto. Cuando lo oye en la iglesia piensa: "eso también me ha pasado a mí". Creo que es una manera de realizar un

singular acto de fe como si la conclusión fuera "en un Dios así yo puedo creer". Por eso, aunque no haya turrón, ni cava, ni gordo de lotería, ni grandes almacén, ni cenas con cotillón, ni luces en las calles, quien ha vivido una o varias Navidades en África, sobre todo en sus zonas rurales, siente nostalgia durante estas fechas de unas fiestas vividas con menos medios pero tal con más sentido, y termina pensando, como mi madre, que debe de ser raro empezar a celebrar la Navidad con tantas semanas de antelación, además de otras cosas que no la cuento porque me daría un poco de vergüenza.

## Conclusión

Jesús dijo que había venido al mundo para que tuviéramos vida, y la tuviéramos en abundancia. En África hay infinidad de personas, especialmente mujeres, que tienen muy poca vida. Muchas de ellas mueren antes de tiempo.

**El Adviento es tiempo de esperanza**, una virtud muy necesaria cuando falta la vida. Por eso la Iglesia nos invita a mirar a la figura de María como la imagen del creyente que espera a pesar de que todo lo que ve a su alrededor invita a la desesperanza y el desánimo. Muchas veces, cuando, misma me cansaba en el trabajo que hacía y veía que las cosas no mejoraban, sacaba fuerzas cuando **miraba a esas mujeres que no tenían nada y que a pesar de todo vivían una fe sencilla**. Durante el año y medio que llevo en España voy a menudo a la asociación "**Karibu**" a echar una mano como voluntaria. Me ha impresionado encontrarme también allí con **africanos y africanas que viven una existencia de pobreza extrema y de mil dificultades**. También ellos fortalecen mi fe porque pienso en lo que yo me quejo teniendo de todo, y ellos que viven en la peor incertidumbre y a los que se niega sus derechos por no tener papeles luchan para salir adelante.

Se dice a menudo que África **es el continente de la esperanza**. Hace falta tener mucha fe para mantener esta afirmación, porque durante mucho tiempo las cosas en este continente no parecen mejorar. Además, siendo sinceros tendría que decir que **muchas de nuestras culturas tradicionales no fomentan el impulso de lucha para cambiar las cosas, sino más bien el fatalismo** y el no hacer nada ante lo que oprime a los seres humano eso los africanos, como todos los seres humanos, necesitamos el Evangelio, para libramos de ese espíritu de dejadez y de conformismo muchas veces nos impide avanzar.

Todos necesitamos ser transformados por la fuerza del Evangelio de Jesús de Nazaret. Ojalá este tiempo de Adviento nos anime a todos a volvernos más hacia él y cambiar nuestra forma de vivir.

Margaret Ber-Iwu Oguta  
Madrid, 21 de noviembre de 2009